



CATEDRAL TOMADA

Revista de Crítica Literaria Latinoamericana ∞ Journal of Latin American Literary Criticism

Martha Ileana Landeros Casillas

Universidad de Guadalajara

martha.landeros7089@academicos.udg.mx

Luz Elena Castillo Díaz

Universidad de Guadalajara

luzelena.castillo@udg.mx

Mujeres de frutos rojos: Historias de vida de jornaleras de Jalisco, donde la violencia de género se disfraza de trabajo

Women of Red Fruits: Life Stories of Day Laborers from Jalisco, Where Gender Violence is Disguised as Work

Resumen

El presente trabajo es un estudio realizado con mujeres jornaleras de la región de la Ciénega del Estado de Jalisco, México, cuyo objetivo es visibilizar como opera la violencia silenciosa en las vidas de ellas a través de sus historias de vida. Creemos que, al enfocar estos testimonios, sentires y proyectos, aportamos pistas en los estudios de violencia, pues a menudo estos casos se vinculan a jornadas de trabajo explotadoras y poco remuneradas. Los testimonios se analizaron desde las perspectivas teóricas del feminismo, el género y la interseccionalidad. Se trata de una investigación cualitativa realizada en el marco de la Investigación Basada en Arte (IBA), a partir de talleres de arteterapia. Parte importante de este trabajo es la iniciativa de difundir y analizar las historias de vida, el proceso de construcción y los resultados como material didáctico para estudiantes intentando con ello promover una pedagogía de justicia social dentro del currículo universitario.

Palabras claves

Mujeres, historias de vida, violencia económica, zona rural.

Abstract

This work is a study carried out with women day laborers from La Ciénega, region of the State of Jalisco, Mexico, whose objective is to make visible how silent violence operates in their lives through their life stories. We believe that, by focusing on these testimonies, feelings and projects, we provide clues in the studies of violence, since these cases are often linked to exploited and poorly paid workdays. The testimonies were analyzed from the theoretical perspectives of feminism, gender and intersectionality. It is qualitative research carried out within the framework of Art-Based Research (ABR) based on art therapy workshops.

An important part of this work is the initiative to disseminate and analyze the life stories, the construction process and the results as teaching material for students trying to promote a pedagogy of social justice within the university curriculum.

Keywords

Women, life stories, economic violence, rural areas.

Introducción

La participación laboral femenina en las zonas rurales de México es un tema al que se le ha dado poca importancia en general, pues en un mundo dominado por hombres. Las mujeres se ven cubiertas por estereotipos y tabús acerca de su deficiente participación en la economía. Sin embargo, poco a poco movimientos como la globalización, la migración, la necesidad y la competencia local, nacional e internacional incluyen el trabajo de las mujeres, por lo que abre un campo de estudio en el que se hace necesario analizar la situación desde una perspectiva de género, desigualdad y violencia laboral.

Las mujeres en las áreas rurales de México enfrentan condiciones laborales que rozan lo inhumano. Trabajan jornadas interminables bajo el sol abrasador, a menudo en tareas físicamente agotadoras como la recolección de cultivos, el cuidado de animales o el mantenimiento de terrenos agrícolas. Estas labores son, en su mayoría, mal pagadas, lo que refleja una falta de valoración tanto del trabajo femenino como del trabajo rural en general. Esta situación económica es precaria ya que perpetúa un ciclo de pobreza y marginación, donde las mujeres se ven obligadas a aceptar cualquier condición laboral para subsistir. Esta explotación laboral, aunque es silenciosa, y a menudo invisible para la sociedad urbana,



constituye una forma de violencia estructural que socava la dignidad y los derechos de estas trabajadoras.

Por tanto, la jornada laboral de las mujeres rurales no termina cuando abandonan el campo; continúa incesantemente en el hogar. Al llegar a casa, se enfrentan a una segunda jornada de trabajo que incluye los quehaceres domésticos, la preparación de alimentos, la limpieza y el cuidado de los hijos. Esta doble carga laboral no es reconocida ni remunerada, perpetuando una invisibilidad que refuerza su condición de explotación. La falta de apoyo y reconocimiento de estas tareas domésticas como trabajo valioso y esencial no sólo incrementa la fatiga física y emocional de las mujeres, sino que también limita sus oportunidades de desarrollo personal y profesional. Este aspecto de violencia silenciosa subraya la necesidad de revalorar y redistribuir equitativamente las responsabilidades del hogar.

Cabe decir que además de las labores domésticas y agrícolas, muchas mujeres rurales asumen la responsabilidad principal de sostener económicamente a sus familias. La presión de garantizar el bienestar económico recae desproporcionadamente sobre ellas, exacerbando su vulnerabilidad y estrés. La falta de acceso a recursos financieros, educación y oportunidades laborales formales perpetúa un ciclo de exclusión social y económica. Esta violencia económica es silenciosa, y tiene raíces profundas que limita sus opciones y perpetúa su dependencia y subordinación. La falta de políticas públicas efectivas y de apoyo institucional agrava esta situación, lo que coloca a las mujeres rurales en una posición de desventaja constante y permanente, situación que por más de una década hemos investigado, documentando casos de mujeres rurales, marginadas o excluidas en diferentes partes del mundo.

Para este estudio hemos denominado violencia silenciosa, a aquel tipo de violencia que encontramos en las zonas rurales, donde la vida de las mujeres es similar y por lo tanto es difícil de evidenciar porque está implícita en su entorno, y está enraizada en las condiciones laborales y domésticas, se encuentra en los paradigmas culturales y sociales que las rodean. Las normas y expectativas de

género tradicionales acrecientan la idea de que el trabajo de las mujeres, tanto dentro como fuera del hogar, es menos valioso y, por ende, menos digno de reconocimiento y remuneración justa. Esta visión cultural contribuye a la aceptación y prolongación de la violencia silenciosa, dificultando aún más la lucha por la igualdad y la justicia. El análisis de estas dinámicas culturales es crucial para entender y dismantelar las estructuras que sostienen la opresión de las mujeres rurales, abriendo el camino hacia un cambio significativo y duradero.

El presente trabajo intenta evidenciar como opera la violencia silenciosa en las vidas de las mujeres rurales y se centra en analizar sus testimonios, es un trabajo realizado en el 2020 con alrededor de 30 mujeres de la región de la Ciénega del estado de Jalisco, México. Creemos que, al visibilizar sus testimonios, sentires y proyectos, aportamos pistas en los estudios de la violencia, en este caso la violencia silenciosa, que experimentan a diario, que se vincula a sus jornadas de trabajo y que está tan enraizada en la vida de las mujeres que es casi imposible notarla. Estas narrativas de vida revelan las múltiples formas de opresión que permanecen invisibles en las estadísticas y estudios tradicionales.

Las mujeres en las zonas rurales pocas veces se mencionan y casi nunca figuran en estudios sobre el impacto en la economía familiar o regional. En esas comunidades los hombres reciben tradicionalmente la responsabilidad de ser proveedores del hogar y las mujeres las de la crianza de los hijos e hijas y el cuidado del hogar; roles que a menudo se relacionan con el género, asociando a los hombres con la producción y a las mujeres con la reproducción.

En el 2021, según el Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI), la integración de las mujeres al mundo laboral ha sido tardía, y durante mucho tiempo se les ha considerado como una fuerza de trabajo secundario. Aunque en la práctica esta visión poco a poco ha ido cambiando, culturalmente aún persiste la discriminación hacia las mujeres, especialmente en las zonas rurales, donde viven menos de dos mil habitantes, según la densidad.

En el 2014, el INGI informó que el 22.8% de la población femenina en México vive en áreas rurales. Más de tres millones de mujeres rurales participaron



en la producción de bienes y servicios para el mercado, lo que equivale al 15.4% de la población femenina económicamente activa del país. En el 2021, de 61.5 millones de mujeres, el 23% habitaba en localidades rurales y el 75% era mayor de 12 años. Es decir, según estas estadísticas, 3 de cada 10 personas ejidatarias o comuneras a nivel nacional eran mujeres.¹

Por su parte, el periódico *El Universal* publicó el pasado 10 de mayo de 2019, que en México existen más de 15 millones 785 mil madres trabajadoras, según datos de la encuesta nacional de ocupación de empleo (ENOE) publicados el 2018. Estos números van en un ascenso del 25% en los últimos ocho años (Miguels, 2019). El *Universal* también señaló que la Organización Internacional del Trabajo (OIT), agencia tripartita de la Organización de Naciones Unidas (ONU), cuenta con 187 miembros, entre los que se encuentra México, ha hecho esfuerzos por formular políticas y programas que promuevan el trabajo “decente” de hombres y mujeres. Tal es el caso del llamado convenio 156, sobre los trabajadores con responsabilidades familiares cuya propuesta es que los servicios para el cuidado de los niños no deben estar exclusivamente dirigidos a las mujeres.²

Existen además otras desigualdades de las que son víctimas las mujeres rurales como lo es que no disponen del mismo acceso a la tierra, a créditos, materiales agrícolas, mercados o cadenas de productos cultivados de alto valor, y su participación en la política de sus comunidades es limitada. De igual manera, tienen poco acceso equitativo a servicios públicos, como la educación, asistencia sanitaria, y a infraestructura vital, como agua y saneamiento y, en algunos casos, hasta electricidad. De acuerdo con datos proporcionados por la ONU Mujeres, el 60 % de la población en zonas rurales a nivel mundial no tiene acceso al agua

¹ <https://www.inegi.org.mx/contenidos/saladeprensa/aproposito/2014/rural0.pdf>, consultada el 1 de febrero de 2020, publicación de 2014 del INEGI, con motivo del día internacional de la mujer rural, celebrado el 15 de octubre de 2008 en todo el mundo.

² Según el portal de la OIT, https://www.ilo.org/dyn/normlex/es/f?p=1000:11210:0::NO:11210:P11210_COUNTRY_ID:102764, consultado el 2 de febrero de 2020, cuenta con 37 convenios y protocolos actualizados pero que no han sido ratificados por México.

potable, y a menudo son las mujeres y las niñas las responsables de ir a buscar agua³.

Al asumir esta responsabilidad de proveedora, las mujeres han desarrollado a su vez capacidades y alternativas no comunes para generar un ingreso y continuar con el rol de reproductora y responsable de la crianza de los hijos. Es en este contexto de donde surgen las protagonistas de las historias de vida de este estudio; mujeres rurales que son madres de familia o mujeres trabajadoras que, a través de la crianza de cerdos, becerros, gallinas, ordeño de vacas, talleres de productos lácteos y servicios de costura, se convirtieron en proveedoras principales o únicas del hogar y siguen siendo responsables de las tareas que conlleva la formación de los hijos, cuidado de los padres o apoyo a los llamados jefes de familia.

Para la realización de este proyecto investigativo se propuso desde la academia se propuso un método investigativo de ocho estudiantes de la Universidad de Guadalajara del Departamento de Historia y Antropología, participaron como apoyo en las grabaciones, en la logística de los talleres de arteterapia y en las transcripciones, como prácticas de campo.

Es importante recalcar que este trabajo se trata de un estudio cuyos resultados y conclusiones puede servir como material académico para discutirse en clases, tal como se llevó a cabo en el 2023 en el seminario “Violencia de género en la cultura y literatura de América Latina” enseñado con la metodología *Collaborative Online International* (COIL) por la Universidad de Wuppertal en colaboración con universidades latinoamericanas y estadounidenses⁴. Consideramos que acercar este tipo de estudios a las aulas universitarias crea una motivación para las exigencias del cambio social y la justicia. De manera que los estudiantes, adquieren una visión más completa y detallada de las desigualdades y

<https://www.unwomen.org/es/digital-library/multimedia/2018/2/infographic-rural-women>, consultado el 27 de junio de 2024

⁴ El proyecto pedagógico fue patrocinado por el *International Virtual Academic Collaboration* (IVAC) del *German Academic Exchange Service* (DAAD).



desafíos que enfrentan las mujeres en áreas rurales y cómo estas situaciones impactan su vida cotidiana.

La violencia cotidiana

Las mujeres del sureste de Jalisco, principalmente de las comunidades de El Volatín, Tuxcueca, La Rosa, El Zapote, Colonia Madero, Delegaciones del Municipio de Tizapán El Alto, Jalisco, así como de Villa Morelos Delegación del Municipio de La Manzanilla de La Paz, desarrollan desde hace varias décadas actividades productivas estimuladas por ellas mismas para generar recursos económicos en apoyo a la economía del hogar. En algunos casos, y por diversas circunstancias, son ellas las responsables de la manutención y educación de hijos, hermanos, adultos mayores y otros familiares cercanos.

Estas mujeres del ámbito rural son de comunidades apartadas de las grandes metrópolis, trabajan sin descanso los siete días de la semana, sin descuidar además los quehaceres y responsabilidades domésticas impuestas por la tradición cultural. Y, además, desarrollan actividades productivas de traspatio, como ya se dijo, la crianza de cerdos, aves, becerros, proceso de lácteos y ordeña de vacas, como compromiso adicional a los ya adquiridos al tener uno o más hijos o hacerse cargo de otros miembros de la familia.

El resultado de estos trabajos no siempre es remunerado, ni considerado como gran aporte a la economía del hogar. Es más, poco aparece en las estadísticas de instancias evaluadoras, y es nulo el reconocimiento en el hogar ya que son consideradas como empleadas por los hombres de la casa. En los hogares, los dueños de casi todos los bienes familiares son los hombres o en su defecto el padre de familia. La mujer en esta zona de Jalisco, en el transcurrir de su vida, es propiedad de alguien más: la hija de, hermana de, esposa de y madre de, como si formaran parte del acervo o hatos ganaderos. Al morir los padres sólo los hijos

varones heredan los bienes ya que se tiene la creencia de que las mujeres se casarán y el esposo de ésta será el responsable de darle techo y comida, supuesto que no siempre es real. Bajo esa paradoja es la fuerza femenina quien busca en otras actividades el complemento vital para su hogar.

El objetivo central de esta investigación fue explorar y documentar las historias de vida de las mujeres rurales del sur de Jalisco, con el propósito de evidenciar y visibilizar la violencia silenciosa que enfrentan en sus jornadas de trabajo. Desde un enfoque cualitativo, se buscó comprender cómo las condiciones laborales y las dinámicas socio-culturales contribuyen a perpetuar distintas formas de violencia y opresión en su día a día. Esta investigación pretende dar voz a las mujeres rurales, resaltando sus experiencias y desafíos, para así generar conciencia y promover cambios que mejoren sus condiciones de vida y trabajo. Las historias de vida forman parte del campo de la investigación cualitativa, cuyo paradigma fenomenológico sostiene que la realidad es construida socialmente mediante definiciones individuales o colectivas de una determinada situación (Taylor y Bogdan 39).

Alzar la voz, y hacer públicos sus testimonios es una forma de resaltar los esfuerzos de estas mujeres y madres enfocados principalmente, a darles una oportunidad a las hijas e hijos de manera equitativa e imparcial para acudir a la escuela, lograr una educación profesional y conservar sólo una parte de la tradición familiar sobre la forma de producir o generar ingresos económicos. Entrelíneas evidenciaremos cómo estas las mujeres desean profundamente un cambio, y como luchan día a día por ver a sus hijos plenos.

En esta zona rural de Jalisco, las condiciones laborales son diferentes a lo que usualmente se investiga en términos de derechos laborales y equidad de género. Aquí, las personas trabajan todos los días de la semana sin descanso, no reciben pago extra, ni tienen horarios fijos. Tampoco hay reparto de utilidades u otras prestaciones comunes. Las mujeres enfrentan responsabilidades similares a las de las ciudades, pero en un contexto rural único. Por ejemplo, cuando se cuidan animales como puercos, becerros, gallinas o vacas, las jornadas de trabajo no se



detienen en días festivos o celebraciones oficiales. Estas tareas están profundamente arraigadas en tradiciones culturales y roles de género, lo cual añade una complejidad significativa que va más allá de los aspectos estudiados tradicionalmente en derechos laborales y equidad de género. Este proyecto destaca la importancia de entender estas dinámicas locales para apreciar cómo se entrelazan sentimientos personales, tradiciones arraigadas y expectativas sociales en la vida diaria de las mujeres rurales. Aparte procura leer entre líneas cómo se gestan las dinámicas de violencia silenciosa y normalizada en contra de estas mujeres.

Las historias de vida como propuesta metodológica

Las historias de vida buscan descubrir la relación dialéctica, la negociación cotidiana entre aspiración y posibilidad, entre utopía y realidad, entre creación y aceptación; por ello, los datos de este proyecto provienen de la vida cotidiana, del sentido común, de las explicaciones y reconstrucciones que el individuo efectúa para vivir y sobrevivir diariamente (Ruiz Olabuénaga 270). Cuando hablamos de historias de vida señalamos que es uno de los métodos de investigación descriptivos más puros y potentes para conocer cómo es la persona en el mundo social que le rodea (Hernández 52).

En cuanto a la violencia cabe destacar que, los estudios históricos de la violencia de género se han centrado en entender cómo las sociedades han estructurado y perpetuado la desigualdad de género a través de la violencia física, psicológica y simbólica. De acuerdo con la antropología feminista (Rosaldo 1974, Lagarde 1998, Lerner 2019, Rodrigañez 2003) se ha revelado que la violencia de género no es un fenómeno reciente ni aislado, sino que tiene raíces profundas en las normas culturales, religiosas y legales de diversas civilizaciones. Desde la antigüedad, las leyes y costumbres han legitimado el control y la subordinación de

las mujeres por parte de los hombres, justificando la violencia como un medio para mantener el orden social.

Las mujeres, las que estamos organizadas, las que tenemos movimientos y ONGs; las que fundamos instituciones luchamos contra la violencia a las mujeres, pero no contra la violencia que vivimos en nosotras mismas. Volvemos a enajenarnos y colocamos la lucha en algo abstracto y general, en la sociedad, porque muchas de nosotras todavía no estamos usando esa fuerza construida a favor nuestro, en nuestros propios cambios (Lagarde 48).

Por ejemplo, durante la Edad Media, la violencia de género estaba institucionalizada a través del derecho canónico y secular. Las mujeres eran consideradas propiedad de sus maridos, y el uso de la violencia para disciplinarlas estaba socialmente aceptado y legalmente permitido. La Inquisición y los tribunales eclesiásticos también jugaron un papel en la perpetuación de la violencia, ya que las mujeres que desafiaban las normas de género eran a menudo acusadas de brujería y sometidas a torturas y ejecuciones.

La caza de brujas ahondó las divisiones entre mujeres y hombres, inculcó en los hombres el miedo al poder de las mujeres y destruyó un universo de prácticas, creencias y sujetos sociales cuya existencia era incompatible con la disciplina del trabajo capitalista, redefiniendo así los principales elementos de la reproducción social (Federici 223).

En la era moderna, los movimientos feministas han sido cruciales para visibilizar y desafiar la violencia de género. A partir del siglo XIX, las feministas comenzaron a denunciar la violencia doméstica y a exigir reformas legales. La literatura y el activismo feminista del siglo XX ampliaron la comprensión de la violencia de género, abarcando no sólo la violencia física sino también la psicológica y económica. Estos esfuerzos han llevado a cambios significativos en la legislación y en la percepción pública de la violencia de género.

En este contexto la educación juega un papel muy importante en la prevención de la violencia de género. Al integrar estudios desde la perspectiva de género, en el currículo académico, contribuimos en la deconstrucción de



estereotipos, se fomenta la formación de docentes, se desarrollan habilidades socioemocionales en los alumnos, y se crean entornos educativos seguros, que nos permiten avanzar hacia una sociedad más equitativa y libre de violencia (UNESCO 15)

Existen varias investigaciones y estudios que respaldan la importancia de trabajar estrategias pedagógicas en la lucha contra la violencia de género. Como lo señala León y Serrano (2014), incorporar la perspectiva de género en los contenidos educativos es esencial para promover la igualdad y prevenir la violencia de género. Esta inclusión permite a los estudiantes a reflexionar sobre las desigualdades de género y desarrollar actitudes respetuosas e inclusivas, ya que "la escuela es un espacio privilegiado para la promoción de la igualdad de género, donde se pueden deconstruir los estereotipos y roles de género que perpetúan la violencia" (45).

Además, la educación juega un papel crucial en la deconstrucción de los estereotipos de género que sustentan la violencia de género. Al abordar y cuestionar los roles de género tradicionales, los estudiantes pueden desarrollar una comprensión más equitativa y menos violenta de las relaciones de género. Según Gilligan, "la educación debe desafiar las normas sociales que refuerzan la subordinación de las mujeres y la violencia como medio de control" (78).

Por lo tanto, vincular las (aquí falta algo) que se centran en el desarrollo integral de las personas y en la creación de entornos educativos inclusivos con las teorías de violencia de género (o de corriente feminista) son claves para visibilizar, prevenir y erradicar la violencia basada en la asimetría del género. Dichas corrientes de pensamiento se complementan y se refuerzan mutuamente en la lucha por una educación que promueva la igualdad y el respeto por los derechos humanos.

Ahora, en cuanto al objetivo de este estudio es importante destacar que existen varias perspectivas teóricas para abordar la violencia rural como, por ejemplo, la feminista, la ecológica, la teoría del ciclo de la violencia (Gómez 51) y la interseccionalidad. Para la teoría feminista es fundamental entender la violencia contra las mujeres incluyendo los contextos rurales. La autora Laura Gómez

sostiene que la violencia de género es una manifestación del patriarcado, un sistema social que otorga a los hombres poder y control sobre las mujeres (97). En áreas rurales, las normas tradicionales de género pueden ser más estrictas, perpetúan la subordinación de las mujeres aumentando su vulnerabilidad ante la violencia.

Por el caso, la teoría ecológica propone que la violencia contra las mujeres es el resultado de la interacción de factores a varios niveles: individual, relacional, comunitario y social. En contextos rurales, factores como el aislamiento geográfico, la falta de acceso a servicios de apoyo y la cohesión comunitaria pueden influir en las dinámicas de violencia (Heise 280). Esta teoría sugiere que la violencia contra las mujeres puede ser una herramienta utilizada por los hombres para mantener su control y poder, especialmente cuando perciben una pérdida de recursos económicos o sociales. En áreas rurales, donde las oportunidades económicas pueden ser limitadas, las tensiones relacionadas con el trabajo y los ingresos pueden aumentar la incidencia de violencia.

También, la teoría del ciclo de la violencia descrita por Leonor E. Walker explica cómo la violencia doméstica se desarrolla en fases como: acumulación de tensiones, incidente violento y fase de reconciliación, entre otras. En contextos rurales, la falta de recursos y apoyo puede hacer que las mujeres queden atrapadas en este ciclo sin posibilidad de escape.

Por otra parte, está la *Interseccionalidad*, término acuñado por Kimberlé W. Crenshaw en 1989, cuya teoría que examina cómo diferentes formas de discriminación (género, raza, clase, etc.) interactúan para crear experiencias únicas de opresión. Las mujeres rurales pueden enfrentarse a múltiples capas de discriminación, agravando su vulnerabilidad a la violencia.

Para estudiar el caso de violencia de las mujeres que viven en las zonas rurales del sur de Jalisco, lugar de interés para este estudio, es necesario ampliar nuestra perspectiva y trabajar con sus testimonios desde la intersección de varias disciplinas. Entendiendo primero que la violencia de género en estas áreas es una problemática que afecta de manera devastadora a las mujeres, y que es exacerbada por el aislamiento geográfico y la falta de recursos. En estas comunidades, las



víctimas enfrentan barreras adicionales para acceder al refuerzo y protección sobre todo porque la ayuda está concentrada en las grandes ciudades, y a menudo el apoyo no llega a las poblaciones lejanas, de ahí que la distancia de los servicios de apoyo, como refugios y centros de atención, además, del conocimiento limitado sobre derechos y recursos disponibles perpetúa un ciclo de silencio y sufrimiento.

Como ya está establecido, la cultura en las zonas rurales a menudo está impregnada de tradiciones y roles de género que refuerzan la subordinación de la mujer, dificultando aún más la denuncia de los abusos. Las estructuras patriarcales y las expectativas de mantener la "armonía familiar" pueden silenciar a las víctimas, quienes temen represalias y el estigma social. Este contexto socio-cultural crea un entorno donde la violencia de género se normaliza y se invisibiliza, perpetuando su existencia y complicando su erradicación.

Más aún, se puede decir que la violencia de género y el trabajo rural son dos factores que están intrínsecamente conectados, reflejando un ciclo de explotación y discriminación que se perpetúa en el tiempo. Las mujeres rurales, a menudo invisibilizadas y subvaloradas, enfrentan una doble carga: la violencia en el ámbito doméstico y la explotación en el trabajo agrícola. En muchas ocasiones, su labor en el campo no es reconocida ni remunerada adecuadamente, lo que refuerza su dependencia económica y limita sus opciones de escape de situaciones abusivas.

El entorno rural, con su aislamiento geográfico y la falta de infraestructura, dificulta el acceso a recursos y apoyo para las mujeres que sufren violencia de género. La jornada laboral, de acuerdo con los testimonios de las mujeres de Jalisco, en el campo es ardua y extenuante, dejando poco tiempo y energía para buscar ayuda. Además, la presencia de normas patriarcales y roles de género tradicionales en estas comunidades pueden desincentivar la denuncia de abusos, creando un ambiente donde la violencia se normaliza y las víctimas se ven obligadas a soportar en silencio.

De hecho, las condiciones de trabajo en el sector agrícola son especialmente duras para las mujeres, quienes, además de sus tareas agrícolas, suelen asumir

responsabilidades domésticas y de cuidado. Esta carga de trabajo desproporcionada contribuye a su vulnerabilidad frente a la violencia de género. La falta de reconocimiento de su labor, combinada con la explotación económica, perpetúa un ciclo de pobreza y subordinación. En muchas comunidades rurales, la dependencia económica de las mujeres respecto a sus agresores se ve agravada por la ausencia de oportunidades laborales y la precariedad de las condiciones de trabajo.

Como se ha venido diciendo a lo largo de este trabajo, las historias de vida facilitan la identificación de patrones comunes, por ello vincular los testimonios de las mujeres rurales desde un enfoque teórico metodológico permite reconocer cómo los patrones sociales y culturales lentamente se rompen o modifican y cómo el tiempo y la distancia influyen en la manera en que las mujeres experimentan y responden a la violencia. Guber (112) al respecto nos dice que, la recopilación y análisis de historias de vida ayudan a revelar las estructuras sociales y culturales que perpetúan la violencia de género, proporcionando una base sólida para el desarrollo de políticas y programas específicos que aborden estas problemáticas de manera efectiva.

De igual manera, la utilización de historias de vida también tiene un componente emancipador, ya que ofrece a las mujeres una plataforma para contar sus propias historias en sus propios términos. Esta metodología no sólo documenta sus experiencias, sino que también puede empoderarlas al validar sus voces y perspectivas. La Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO) destaca que dar voz a las mujeres rurales a través de sus historias personales puede contribuir a cambiar las narrativas dominantes y a promover un mayor reconocimiento de sus derechos y capacidades (FAO 20).

Para las historias de vida de las mujeres rurales de Jalisco de este estudio, también, tomamos en cuenta las metodologías horizontales, ya que “permiten la construcción de conocimiento de manera participativa y colaborativa, donde los sujetos de estudio se convierten en co-investigadores, aportando sus saberes y experiencias. Este enfoque rompe con las jerarquías tradicionales de la



investigación, promoviendo una relación de igualdad y respeto mutuo" (Corona 20).

Una de las principales ventajas de las metodologías horizontales es que permiten a las mujeres contar sus propias historias en sus propios términos. Esto es particularmente importante en el contexto rural, donde el silencio y la invisibilidad han sido herramientas de opresión.

Al facilitar espacios seguros y abiertos para la autoexpresión, estas metodologías ayudan a romper el ciclo de silencio y vergüenza, permitiendo que compartan sus experiencias y realidades sin temor a represalias. Este enfoque no sólo las empodera, sino que también proporciona a los investigadores una comprensión más profunda y matizada de la violencia de género en contextos rurales.

Las metodologías horizontales fomentan la creación de redes de apoyo y solidaridad entre las mujeres rurales. Al participar en el proceso de investigación de manera activa y colaborativa, las mujeres pueden conectarse con otras que han vivido experiencias similares, creando un sentido de comunidad y apoyo mutuo. Este aspecto comunitario es crucial, ya que la violencia de género a menudo aísla a las víctimas. En esta investigación las redes formadas a través de las diversas actividades que se llevaron a cabo pueden ofrecer un sistema de apoyo crucial, proporcionando tanto recursos emocionales como prácticos para, visibilizar, enfrentar y superar la violencia.

Al trabajar de manera colaborativa con las mujeres rurales, los investigadores y estudiantes podemos adaptar nuestros enfoques y herramientas para que sean culturalmente relevantes y apropiados. Esto asegura que las intervenciones y políticas derivadas de la investigación sean más efectivas y sostenibles, ya que están basadas en una comprensión mutua y genuina de las necesidades y contextos específicos de las mujeres rurales.

La Arteterapia: herramienta de las historias de vida de las mujeres

Para profundizar en las historias de vida de las mujeres trabajamos de la mano de la Investigación Basada en Arte (IBA), a través de la rama de Arteterapia, cuyo tema ampliaremos más adelante, pues, es a través de formas artísticas como el dibujo, la pintura, el teatro y la narrativa visual que se logró que las mujeres profundizaran, exploraran y comunicaran sus experiencias personales y colectivas. Notamos que cuando se combinan la IBA y las Metodologías Horizontales, se fomenta una colaboración equitativa donde las mujeres de este estudio no sólo participaron activamente en el proceso de investigación, sino que también co-crearon el conocimiento que emerge de sus experiencias.

Esta co-creación de conocimiento de las mujeres del estudio está en línea con lo que según Leavy, la IBA proporciona “[...] una plataforma única para la voz y la agencia de las comunidades marginadas, permitiendo una comprensión más rica y matizada de sus vivencias” (Leavy 103). Al entrelazar el arte con las metodologías de investigación, la IBA no sólo documenta la violencia de género en contextos rurales, sino que también promueve la sanación y el empoderamiento a través de la creatividad y la autoexpresión.

La propuesta para realizar un taller de arteterapia fue gestionada desde la Asociación de Amigos Migrantes, institución sin fines de lucro cuyo único objetivo es estar presente en la readaptación de aquellas familias que por diversos motivos regresan a vivir a algunos de municipios del sureste de Jalisco. Esta asociación está conformada mayoritariamente por mujeres, quienes se reúnen por lo menos una vez por mes para hablar sobre casos de familias recién llegadas, organización de festividades y problemáticas propias del entorno que hacen referencia sobre todo a predios vacíos, limpieza de calles, servicios, etc. Fue justo en una de estas reuniones que se hizo la propuesta de llevar a cabo un taller de arteterapia para gestionar las emociones y contar sus historias de vida.



Los talleres se llevaron a cabo una vez por semana después de la jornada laboral de las mujeres. Se impartieron en la casa del migrante en Tuxcueca, y en la Casa de una maestra en el Volantín. Se impartieron alrededor de 30 sesiones de tres horas cada una. El objetivo de los talleres fue: brindar un espacio de expresión y bienestar emocional a través del arte, donde las mujeres jornaleras pudieran explorar y compartir sus experiencias, fortaleciendo su autoestima, promoviendo la conexión con su entorno y ofreciendo herramientas para la gestión emocional, todo en un ambiente de apoyo y solidaridad.

Como ya se mencionó en párrafos anteriores se trabajó con alrededor de 30 mujeres de entre 18 y 60 años, jornaleras, todas ellas trabajan en la siembra, y cosecha de frutos rojos que se producen en los invernaderos que han invadido el sur de Jalisco, por empresas norteamericanas, cuyos frutos ni inversiones se quedan en el país. Sus labores empiezan alrededor de las 4:00 de la mañana cuando el autobús proporcionado por la empresa pasa a recogerlas, este recorrido dura aproximadamente dos horas, pues recorre todas las rancherías y zonas aledañas para dejarlas finalmente en los diferentes lugares de trabajo. Su jornada de trabajo termina alrededor de las 4:00 ó 5:00 de la tarde, hasta que otro autobús las recoge, pero esta vez las deja en puntos cercanos a sus casas.

Del total de participantes sólo cinco habían pasado toda su vida en el “rancho”, el resto habían llegado a esos municipios por diferentes motivos, ya sea porque se fueron “al norte” (Los Estados Unidos) y las deportaron, porque su familia era de ahí o porque sus maridos son originarios de algún municipio de esa zona. A partir de este contexto se trazó un programa que combinara un espacio profundamente emotivo y transformador, diseñado para ayudar a las participantes a narrar y procesar sus historias de vida, incluyendo sus sufrimientos y experiencias de violencia. En un entorno seguro y acogedor, las mujeres encontraron en el arte una vía para expresar lo que muchas veces las palabras no podían transmitir.

El universo de mujeres con las que se trabajó en esta investigación fue diverso y reflejó una variedad de experiencias y trayectorias. Estas mujeres, aunque

comparten el entorno rural como marco común, presentan diferentes historias y relaciones con su vida en el campo. Como se mencionó antes un grupo de mujeres estuvo compuesto por quienes han pasado toda su vida en el campo. Ellas han crecido inmersas en las labores agrícolas y domésticas desde temprana edad. Su vida ha estado marcada por la continuidad de las tradiciones rurales y las expectativas socio-culturales de su comunidad. Tienen además un profundo conocimiento y conexión con la tierra, pero también enfrentan las limitaciones y desafíos inherentes a este entorno.

Otro grupo incluyó mujeres que, aunque no nacieron en el campo, establecieron sus vidas ahí al casarse. Muchas de ellas visitaban el campo con sus familias antes de casarse y, eventualmente, se quedaron para siempre, subestimando la dificultad de adaptarse a una vida de trabajo constante y en condiciones arduas. Ellas han tenido que ajustarse a un ritmo de vida y a unas expectativas que no siempre conocían completamente antes de su matrimonio.

Existen también mujeres que, a pesar de vivir en el campo, luchan por salir de ahí. Durante la semana, algunas estudian fuera de su comunidad, buscando oportunidades educativas y profesionales que les permitan construir un futuro diferente. Estas viven en una dualidad constante, divididas entre sus responsabilidades y vínculos familiares en el campo y sus aspiraciones personales en otros lugares.

Finalmente, existe un grupo de mujeres que no ven ninguna salida más allá de quedarse en el campo. Para ellas, las posibilidades de abandonar el entorno rural parecen inalcanzables debido a diversas barreras, como la falta de recursos económicos, limitaciones educativas y responsabilidades familiares. Estas mujeres enfrentan una realidad en la que las opciones para cambiar sus circunstancias son extremadamente limitadas.

La utilización de la arteterapia en contextos como el de las mujeres rurales es crucial para abordar la violencia silenciosa que enfrentan. Este tipo de técnicas proporciona un medio seguro y creativo para que las mujeres puedan expresar sus emociones y experiencias, muchas veces ocultas o difíciles de verbalizar. Según



Malchiodi (65), el arte permite que las personas procesen y den sentido a sus experiencias, facilitando la expresión de sentimientos que de otra manera serían difíciles de comunicar. En el caso de las mujeres rurales, esta metodología no sólo ayuda a sacar a la luz las formas de violencia y opresión que sufren, sino que también fomenta la resiliencia y el empoderamiento, ofreciendo herramientas para la reconstrucción de sus identidades y la búsqueda de nuevas oportunidades.

Las disciplinas utilizadas fueron pintura, escultura, artes escénicas y fotografía. Las mujeres fueron capaces de, por primera vez, explorar sus emociones y encontrar formas de sanación y resistencia. En conjunto, estos enfoques no sólo visibilizan las realidades de la violencia de género en contextos rurales, sino que también promueven el bienestar emocional y el empoderamiento de las mujeres, creando un espacio seguro y transformador para la recuperación y la reivindicación de sus derechos.

Entre las actividades que se realizaron fue la elaboración de una máscara, con el objetivo de que esa creación representara sus sentimientos primarios y posteriormente trabajaran en ellos. También llevamos a cabo la sesión denominada “Mi viaje interior”, a partir de la pintura, y con la colaboración de la artista Arcelia Barbero construyeron el marco de un espejo (figura 1), aunque al principio ellas no sabían. No solo queríamos que las mujeres utilizaran las pinturas como recursos, sino que también sintieran las emociones en sus cuerpos, para ello, a través de un viaje guiado con música y voz cada una de ellas revivió y plasmó en ese marco las etapas de su vida.

Sin que ellas lo esperaran y una vez que terminaron sus creaciones, colocamos los espejos y les pedimos que narraran frente al espejo y su marco, cuáles eran las cosas imprescindibles e irremplazables que no deben de perder de vista jamás en sus vidas. Las reflexiones fueron potentes, como la de Paty:

Cuando empecé a pintar el marco tenía en mente una cosa, como lo que dice la canción de Gloria Trevi: *Me solté el cabello, me vestí de reina, me*

puse tacones, y de ahí para adelante dije no voy a dejar que un idiota me esté humillando. Todos los días me levanto, me arreglo y me pongo bonita, mi esposo me dijo que ya no hay necesidad de que me arregle, ya estamos casados, pero yo le dije: me arreglo para mí, para sentirme bonita yo. [Paty, comunicación personal. Tuxcueca, 7 de marzo de 2022]

“El enraizamiento y protección de mi vida” fue una de las actividades que más disfrutaron. Fue un taller impartido por la maestra Paola Cruz e inspirado en el teatro del oprimido, la técnica desarrollada por Augusto Boal se adaptó como una herramienta transformadora para ayudar a las mujeres del ámbito rural a reconectarse con sus cuerpos y emociones. Esta metodología teatral utilizó técnicas participativas y dinámicas para crear un espacio seguro.



Figura 1: Paty y los espejos. Tuxcueca, 2021. Foto propia.

A través de juegos y ejercicios teatrales, las participantes re-aprendieron a reconocer sus propios sentimientos y a experimentar una catarsis emocional. Este proceso no sólo fomentó la autoexploración y el autoconocimiento, sino que también fortaleció la solidaridad y el empoderamiento colectivo (figura 2). Al dramatizar situaciones de su vida cotidiana y buscar soluciones conjuntas, las mujeres adquirieron herramientas prácticas para enfrentar y transformar sus

realidades, promoviendo un sentido renovado de agencia personal y comunitaria, Adela de 60 años comentó que:

Me gusta mucho venir a los talleres, nunca pensé que a esta edad y con todo lo que he vivido podría sacar todo el coraje y la tristeza que siento por todo lo que me hicieron. Hubo un ejercicio en especial, creo que fue el del círculo donde nos pidieron que camináramos con los ojos cerrados que ustedes nos guiarían y cuidarían, me costó mucho trabajo soltarme, porque a mí nunca nadie me ha cuidado, siempre he tenido límites, en todos los aspectos de mi vida solo límites. [Adela, comunicación personal. Tuxcueca, 7 de marzo de 2022]



Figura 2: El teatro y las emociones. Tuxcueca, 2021. Foto propia.

Cuando las mujeres con los ojos cerrados tenían que tocarse todo su cuerpo para reconectarse con sus sentimientos Leo, de 20 años y madre soltera de 2 niñas, sólo comenzó a llorar en silencio y no fue capaz de tocarse o acariciarse con amor y dijo: “Nunca había reflexionado sobre lo importante que es mi cuerpo, no fui capaz de tocarme con cariño porque siento que no lo he tratado bien, en este

momento sólo me sirvió para parir a mis dos hijas” [Adela, comunicación personal, Tuxcueca. 7 de marzo de 2022].

“El globo” (figura 3), actividad diseñada para que las mujeres pudieran identificar, expresar y reflexionar sobre sus sueños y aspiraciones, así como sobre los obstáculos que enfrentan en su camino hacia la realización de estos sueños. Inflar el globo representa ir introduciendo poco a poco dar vida a sus aspiraciones. Luego, las mujeres soltaron los globos, observando cómo flotan y se elevan, simbolizando el potencial y la libertad de sus sueños, pero inesperadamente el equipo comienza a reventar los globos, a manera de representar los obstáculos y desafíos que muchas veces les impiden alcanzar sus metas.



Figura 3: Mujeres del Volantín. El Volantín, 2021. Foto propia.

Este momento de ruptura permitió a las mujeres expresar sus sentimientos sobre las dificultades que enfrentan y reflexionar sobre sus emociones y reacciones ante los obstáculos. Finalmente, en una discusión grupal, compartieron sus reflexiones.

Muchas fueron las historias que se compartieron en los talleres de arteterapia, pero sobre todo creo que por primera vez las mujeres rurales hablaron de sus sentimientos, y es justamente en actividades como la realizada en este estudio, donde se produce un profundo sentido de empatía entre las participantes. El ambiente seguro y de apoyo les permitió abrirse y compartir experiencias personales de dolor, lucha y esperanza. Al escuchar las historias de todas, sus maneras de salir adelante, de enfrentar sus retos, las mujeres se reconocen en los relatos de las demás, lo que genera una conexión emocional y una comprensión mutua. Esta empatía no sólo valida sus emociones y experiencias individuales, sino que también fortalece el sentido de comunidad y solidaridad. A través del arte y la conversación, las mujeres descubrieron que no están solas en sus desafíos, y esta unión les proporciona una fuente vital de fuerza y resiliencia colectiva.

La historia de Isabel, mujer de 33 años a quien todas cariñosamente llaman “la comadrita” es un ejemplo de violencia normalizada. Su historia comienza a los 4 años, cuando un grave accidente la deja con quemaduras en el 60 % de la parte de atrás de su cuerpo. Vivió 6 años en el hospital y a la edad de 15 años comienza su vida en pareja después de muchos tropiezos. Tras 17 años de matrimonio y con 3 hijos, pero sólo el pequeño de 6 años vive con ella, llega a Tuxcueca a trabajar como jornalera en los sembradíos de frutos rojos. El taller de arteterapia ha sido el recurso más cercano que ella ha tenido para reflexionar, digerir y procesar una serie de abusos sociales, familiares y culturales que seguían lastimándola: Isabel señala; “dejé a mi marido porque no quería que me siguiera diciendo que él podría estar con una mujer normal, no como yo, y no regresé a mi casa (la de los papás) porque no quiero que me sigan diciendo mis padres que ellos perdieron todo a consecuencia de ese incendio” [Isabel, comunicación personal, Tuxcueca. 3 de marzo de 2020].

En su relato Isabel explica que a partir del incendio pasó de los 4 a los 10 años en hospital, y que cuando finalmente regresa al rancho con sus padres, sólo estuvo un año más con ellos, ya que un tío abusó sexualmente de ella y la respuesta de los padres sólo fue golpearla y acusarla de mentirosa, por lo que ella decidió a

esa corta edad irse a vivir con su abuela, de donde posteriormente se escapa (a la edad de 12 años) y se dedica a vivir en la calle cerca de las inmediaciones de la central de autobuses vieja.

La vida de Isabel es el vivo ejemplo de una mujer violentada desde su infancia, es un testimonio doloroso y complejo de cómo diferentes tipos de violencia pueden entrelazarse y perpetuarse a lo largo de los años. Desde temprana edad, esta mujer ha sido sometida a abusos y maltratos que han dejado cicatrices profundas en su cuerpo y alma. La violencia social que enfrentó, caracterizada por la marginación y el aislamiento, la ha relegado a los márgenes de la comunidad, privándola del apoyo y la solidaridad que son fundamentales para la supervivencia emocional y física.

La violencia cultural, manifestada a través de normas y expectativas de género opresivas, ha reforzado su situación de vulnerabilidad. Las expectativas tradicionales que dictan el comportamiento y los roles de las mujeres han limitado sus oportunidades y la han mantenido en un ciclo de dependencia y sumisión. Esta violencia cultural no sólo las ha silenciado, sino que también ha perpetuado la idea de que su sufrimiento es algo que deben soportar en silencio.

Ahora, enfrentándose a la violencia laboral, la realidad de Isabel (figura 4) se vuelve aún más sombría. En su entorno de trabajo, es probable que se enfrente a condiciones precarias, explotación y falta de reconocimiento. Esta forma de violencia no es sólo una continuación de las agresiones anteriores, sino que también impide su capacidad de avanzar y mejorar su situación económica y personal. La explotación laboral y la falta de derechos y protecciones en el lugar de trabajo perpetúan un ciclo de pobreza y desesperanza.

A lo largo de su vida, Isabel ha mostrado resiliencia y fortaleza, sobreviviendo en un mundo que le ha fallado en múltiples niveles. Su historia subraya la importancia de abordar la violencia de manera integral, reconociendo cómo las diferentes formas de abuso y opresión están interconectadas. Es fundamental crear redes de apoyo que no sólo respondan a las emergencias, sino



que también trabajen para dismantelar las estructuras sociales y culturales que perpetúan la violencia normalizada.

La reflexión sobre la vida de “la comadrita” quien ha vivido diferentes tipos de violencia desde su infancia nos invita a considerar la urgencia de un cambio profundo y sistémico. Necesitamos políticas y prácticas que promuevan la equidad, la justicia y el respeto por los derechos humanos de todas las mujeres. Sólo entonces podremos comenzar a sanar las heridas de aquellas que han sufrido en silencio y construir un futuro en el que todas las mujeres puedan vivir con dignidad y seguridad.



Figura 4: Historia de vida de Isabel “La Comadrita”. Tuxcueca, 2021. Foto propia.

Otro testimonio en el que vemos cómo opera la violencia es el de Angelita, una mujer de 65 años que tiene 65 años, es oriunda del Volantín y fue la sexta hija de un matrimonio que tuvo 14 hijos. Angelita desde una edad temprana, se enfrentó a un mundo que le exigía más de lo que una niña podría soportar: responsabilidades desmedidas, expectativas inalcanzables y una constante presión para ser el pilar de una familia que la trataba con frialdad y desdén. Atrapada en un ciclo de violencia

silenciosa, Angelita fue víctima de un abuso sutil pero persistente, que venía de su propia familia, su entorno y una cultura que normalizaba su sufrimiento. En busca de una salida de ese tormento, decidió casarse a los 17 años, sólo para descubrir que el nuevo camino que había tomado la conduciría a un infierno aún más profundo. Su matrimonio, lejos de ser una puerta a la libertad, se convirtió en una prisión aún más opresiva, donde el sufrimiento y la explotación encontraron nuevas formas de manifestarse, arrastrándola hacia una vida de desesperación que parecía no tener fin: “en toda mi vida yo no jugué, yo no disfruté con amigas ni con nadie. No me dejaba mi mamá ni ir a misa el domingo, siempre me decía que había mucho que hacer, y pues yo me fui con el primero que me lo propuso, con el viejo ese que me ha hecho sufrir tanto” [Angelita, comunicación personal, 18 de marzo de 2020. El Volantín].

También, en su relato Angelita explica que la decisión de fugarse con su marido la tomó no porque estuviera muy enamorada, sino porque estaba harta de tanto trabajo:

Los primeros años fueron bien, duramos como 15 años bien, porque de primero no tomaba, pero después fue un borracho y se metió a los vicios y ya fue mal todo el tiempo. Nunca me animé a dejarlo porque era el padre de mis hijos y no quería que hablaran mal de uno, y aquí sigo. Ahora estamos solos en la misma casa, pero como luego dicen estamos juntos, pero no revueltos. Cuando él empezó a estar mal yo ya no quise estar con él y desde entonces. [Angelita, comunicación personal, 18 de marzo de 2020. El Volantín]

Explica que a partir de que su esposo se convirtió en alcohólico se desentendió totalmente de los gastos de la casa, y ella junto con sus 6 hijos sacó adelante la casa, por tal motivo sus hijos poco a poco se fueron a vivir a Estados Unidos y de esta manera le envían dinero a su madre para remodelar la casa y sobrevivir.



A pesar de los profundos sufrimientos que Angelita había conocido desde su infancia, a lo largo de los años, soportó humillaciones, maltratos y el dolor constante de una vida al lado de alguien que la consumía con su adicción y su abuso, pero permaneció a su lado sin protestar, temerosa de ser juzgada por una sociedad que penalizaba más la separación que el sufrimiento. El testimonio de Angelita nos revela como su amor propio se fue erosionando en el silencio de su sufrimiento, mientras las cicatrices de la violencia se acumulaban, no sólo en su cuerpo, sino también en su alma. Angelita se aferró a la idea de que, a pesar del infierno en el que vivía, el estigma social de ser una esposa divorciada era un castigo peor que el dolor que ya conocía, y así, su vida se convirtió en una serie de días llenos de angustia y resignación, ocultos tras una fachada de aparente normalidad, situación que muy a menudo se repite en muchas partes pero que se acentúa en las vidas de las mujeres rurales.



Figura 5: Angelita. El Volantín, 2021. Foto propia.

La vida de Angelita (figura 5) es un testimonio doloroso y complejo. En él se demuestra cómo diferentes formas de violencia pueden entrelazarse y perpetuarse a lo largo de los años, la violencia social y normalizada que enfrentó en su infancia fue una forma de abuso más sutil, marcada por una indiferencia sistemática y expectativas desmedidas que moldearon su percepción del mundo como un lugar cruel e implacable.

En contraste, su vida después del matrimonio con un hombre alcohólico expone una forma más tangible y visible de violencia, donde el maltrato se vuelve un sufrimiento diario y brutal, en una lucha constante por mantener la apariencia de una vida “normal”.

En ambos períodos, niñez/familia y adultez/hogar, Angelita sufrió una violencia que se entrelaza y perpetúa, reflejando cómo las heridas de su infancia se convierten en el fundamento sobre el cual se edifica una nueva forma de sufrimiento. La transición de la violencia implícita de su niñez a la violencia explícita de su matrimonio revela un patrón desgarrador: las formas de abuso que sufrió desde pequeña se transformaron y se intensificaron, creando un ciclo interminable de dolor que se manifestó en diversas formas a lo largo de su vida, sin saber cómo salir. La tolerancia y resistencia de la violencia en Angelita fue aceptada solo para poder sacar adelante a sus hijos, con la esperanza puesta en un futuro mejor para ellos, y que a largo plazo ese sacrificio (como ella misma expresa) pudiera ser retribuido, pues mes a mes todos sus hijos le envían dinero para que ella pueda vivir cómodamente, y, además, pueda pagar a una mujer que atienda al marido, quien está postrado en cama y apenas se mueve. Ahora ya experimenta un remanso de paz.



Algunos resultados

Desde el primer día, se creó un ambiente de confianza y apoyo mutuo, donde cada mujer se sintió escuchada y valorada. Los talleres comenzaban con ejercicios de relajación y meditación para preparar a las participantes y ayudarles a conectar con sus emociones. A medida que avanzaban las sesiones, se les proporcionaron diversos materiales artísticos, como arcilla, pintura, collage y tejido, permitiéndoles elegir el medio que mejor resonara con ellas.

Una de las actividades más significativas fue la creación de "mapas de vida". A través de esta técnica, las mujeres plasmaron en grandes lienzos los momentos cruciales de sus vidas, utilizando colores, símbolos y formas para representar tanto las alegrías como las heridas profundas. Cada trazo y cada elección de color se convirtió en una ventana a su interior, revelando historias de lucha, resiliencia y esperanza.

El proceso de creación fue en sí mismo sanador. Al moldear la arcilla o al deslizar el pincel sobre el lienzo, las mujeres pudieron exteriorizar el dolor acumulado, confrontar sus miedos y encontrar una nueva perspectiva sobre sus experiencias. Los momentos de compartir en grupo fueron igualmente poderosos; cada historia contada era recibida con empatía y solidaridad, creando una red de apoyo que fortalecía a cada una de las participantes.

Un testimonio común entre las mujeres fue el alivio de poder expresar y liberar sentimientos de culpa, vergüenza y tristeza que habían llevado en silencio durante años. La arteterapia no sólo les brindó un medio para contar sus historias, sino también una forma de reinterpretarlas y encontrar un sentido de control y agencia sobre sus propias vidas.

El taller de arteterapia para mujeres rurales fue mucho más que una serie de sesiones artísticas; fue un viaje de autodescubrimiento y sanación, un espacio donde el arte se convirtió en un puente entre el pasado y el presente, y un camino hacia un

futuro lleno de nuevas posibilidades y resiliencia. A continuación, se describen algunos de los talleres más emotivos y los testimonios de ellas.

Testimonios en el aula

Como se dijo al inicio de este artículo, el material surgido de esta investigación se puso a disposición de un grupo de estudiantes, en el seminario internacional de “Literatura, cultura y violencia de género en América Latina” organizado por la Universidad Wuppertal (Alemania) y la metodología COIL, con el objetivo de fomentar el debate y acercar realidades sociales en donde la violencia a menudo se normaliza. La clase contó con la participación de estudiantes de varias universidades de diferentes países, quienes además de realizar un análisis del estudio presentaron diversos podcasts.

La utilidad de las historias de vida de estas mujeres en el aula fue visibilizar las experiencias de las jornaleras y arrojar luz a la problemática de la violencia de género a la que son sujetas. Bajo este método investigativo se da una comprensión profunda y matizada de las experiencias individuales de estas mujeres puesto que, como ya ampliamos, permite explorar las complejas interacciones entre la violencia de género, el contexto rural y las dinámicas socioeconómicas. Pues, según Daniel Bertaux, en su libro *Biografía y sociedad: el enfoque de la historia de vida en las ciencias sociales* y Martín Kohli en su obra *Investigación biográfica en las ciencias sociales y humanas*, ambas explican como las historias de vida ofrecen una forma de capturar la subjetividad y las experiencias vividas, proporcionando una visión holística de las circunstancias de las mujeres rurales que no pueden obtenerse a través de métodos cuantitativos.

La narrativa personal de las mujeres rurales, como lo es el caso de las mujeres de Jalisco, que han experimentado violencia de género revela no sólo los eventos traumáticos, sino también las estrategias de resistencia y supervivencia que emplean. En sus testimonios destacan las barreras estructurales, como la falta de



acceso a recursos económicos, educativos y de salud, así como el aislamiento geográfico.

Ambas historias (la de la comadrita y la de Angelita) analizadas desde el contexto que brinda el estudio en general, fueron presentadas ante los alumnos del seminario internacional, quienes, a partir de algunas lecturas y la visualización completa de las entrevistas realizadas a ambas mujeres debían identificar y describir los tipos de violencia que las mujeres desde su infancia vivieron.

El debate, la reflexión, la negación, la incredulidad, la impotencia y el asombro fueron solo algunas de las reacciones que despertaron en los alumnos al conocer las historias de vida de ambas mujeres, que revelan cómo la violencia se disfraza en las comunidades rurales. Estas emociones reflejan el impacto profundo que estas realidades desconocidas tuvieron en los estudiantes, quienes comenzaron a cuestionar las apariencias y a reflexionar sobre la complejidad de la violencia, que a menudo se oculta bajo la cotidianidad y las normas culturales en estos contextos. La incredulidad inicial dio paso a un entendimiento más profundo de las dinámicas sociales y a una mayor conciencia sobre la importancia de la visibilización y el abordaje de la violencia en todas sus formas.

Llevar estas historias a las aulas universitarias tiene un valor educativo inmenso. En un entorno académico, estas narrativas permitieron a los estudiantes acercarse a realidades distintas y complejas, fomentando la empatía y el entendimiento intercultural. Trabajar con historias de vida en la educación superior también enriquece el aprendizaje al proporcionar contextos vividos que complementan las teorías abstractas. Los estudiantes pueden analizar y reflexionar sobre cómo las estructuras de poder y las políticas impactan la vida diaria de las mujeres rurales, lo que contribuye a una educación más crítica y comprometida socialmente.

Conclusiones

La investigación sobre las historias de vida de las mujeres rurales del sur de Jalisco ha revelado importantes hallazgos que subrayan la prevalencia de la violencia silenciosa en sus jornadas de trabajo como una extensión de violencia normalizada de la que han sido víctimas toda su vida.

Las mujeres rurales del sur de Jalisco enfrentan diversas formas de violencia silenciosa en su entorno laboral, que se origina en las precarias condiciones laborales que son de antemano extremadamente difíciles. La mayoría trabaja sin acceso a servicios básicos de salud y seguridad laboral. Las jornadas extensas, combinadas con tareas físicamente demandantes, generan un desgaste físico y emocional significativo. Además, la remuneración, cuando existe, es insuficiente y no corresponde a la magnitud de su esfuerzo.

Las normas y expectativas socio-culturales juegan un papel crucial en la perpetuación de la violencia. Las mujeres están sujetas a roles de género tradicionales que las relegan a tareas domésticas y agrícolas, limitando sus oportunidades de educación y desarrollo profesional. Estas expectativas también las hacen más vulnerables a la violencia de género, tanto en el ámbito doméstico como laboral.

A pesar de las adversidades, las mujeres rurales muestran una notable resiliencia y capacidad de agencia. Muchas de ellas han desarrollado estrategias de supervivencia y resistencia, buscando formas de mejorar sus condiciones de vida y las de sus familias. Sin embargo, estas estrategias son insuficientes frente a la magnitud de las barreras estructurales que enfrentan. Se deben generar Políticas Públicas Inclusivas: Los hallazgos subrayan la urgente necesidad de políticas públicas que reconozcan y aborden las realidades de las mujeres rurales. Es crucial implementar programas que mejoren sus condiciones laborales, proporcionen acceso a educación y salud, y promuevan la equidad de género. La participación activa de las mujeres rurales en la formulación de estas políticas es esencial para asegurar que sus necesidades y voces sean verdaderamente atendidas.



En cuanto al impacto que de los testimonios de las mujeres en la narrativa pedagógica podemos hablar satisfactoriamente de una manera diferente de impartir clases, promoviendo una pedagogía de justicia social dentro currículo universitario que trata violencia de género. Este enfoque educativo de los testimonios de mujeres rurales no sólo informa a los estudiantes sobre las desigualdades existentes, sino que también los inspira a convertirse en agentes de cambio. Al interactuar con estas narrativas, los futuros profesionales en diversas disciplinas —como la sociología, la antropología, el trabajo social y la educación— podrían desarrollar una sensibilidad y un compromiso más profundo hacia la promoción de la equidad y los derechos humanos.

Trabajar con historias de vida a través de colaboraciones con diversas universidades puede tener un efecto transformador tanto en los estudiantes como en las comunidades rurales. Para los estudiantes, es una oportunidad para aplicar sus conocimientos académicos a problemas reales y desarrollar soluciones innovadoras. Para las mujeres rurales, ver sus historias valoradas y estudiadas en un contexto académico puede ser empoderador, reconociendo sus contribuciones y fortaleciendo su autoestima. Esta interacción puede fomentar un intercambio de conocimientos y experiencias que beneficia a ambos grupos, promoviendo una sociedad más inclusiva y equitativa.

Bibliografía

- Bertaux, Daniel, & Kohli, Martín. "The Life Story Approach: A Continental View". *Annual Review of Sociology*, vol. 10, no. 1, 1984, pp. 215 -237.
- CEPAL. "Mujeres rurales en América Latina: Progresos y desafíos". Informe de la CEPAL, 2013, pp. 1-189.
- Corona, Sarah. *Metodologías horizontales en la investigación social*. Editorial XYZ, 2012.
- FAO. "Las mujeres en la agricultura: cerrar la brecha de género para el desarrollo". Informe de la FAO, 2011, pp. 20-39.
- Gilligan, Carol. *In a Different Voice: Psychological Theory and Women's Development*. Harvard University Press. 2011.
- Gómez, Laura. *Teoría feminista y violencia de género: Una perspectiva rural*. Editorial Académica, 2020.
- Guber, Rosana. *La Etnografía: Método, Campo y Reflexividad*. Siglo XXI Editores, 2005. Impreso.
- Hernández, Katia. "El método historia de vida: alcances y potencialidades". Gestipolis.com. (2009). <http://www.gestipolis.com/economia/metodo-de-investigacioncualitativa.htm>. 20 de junio 2024.
- Heise, Lory, L. Violence against women: An integrated, ecological framework. *Violence Against Women*, vol. 4, no.3, 1998, pp. 262 -290. Impreso
- INEGI
<https://www.inegi.org.mx/contenidos/saladeprensa/aproposito/2014/rural0.pdf>, consultada el 1 de febrero de 2020, publicación de 2014 del INEGI, con motivo del día internacional de la mujer rural, celebrado el 15 de octubre de 2008 en todo el mundo.
- International Labour Organization
https://www.ilo.org/dyn/normlex/es/f?p=1000:11210:0::NO:11210:P11210_COUNTRY_ID:102764, consultado el 2 de febrero de 2020, cuenta con 37 convenios y protocolos actualizados pero que no han sido ratificados por México.
- Leavy, Patricia. *Method Meets Art: Arts-Based Research Practice*. The Guilford Press, 2015. Impreso.
- León, María, & Serrano, Rosa. *Educación y género: Retos y desafíos para la igualdad*. Editorial Universidad de Sevilla. 2014.
- Malchiodi, Cathi, A. *Art Therapy sourcebook*. Ed. McGraw-Hill, 2006.
- Miguels, R. "Madres trabajadoras: 15.8 millones en México". *El Universal*, 10/05/2019, <https://www.eluniversal.com.mx/cartera/madres-trabajadoras-158-millones-en-mexico-31/04/2024>.



- Ruiz, Olabuénga, Ignacio. *Metodología de la investigación cualitativa* (5ª ed.). Universidad de Deusto. 2021.
- Taylor, S. J. & Bogdan, R. *Qualitative research method: The search for meanings*. New York: John Wiley. 1984
- UNESCO. *Violencia de Género y Educación: Hacia una Escuela que Protege y Transforma*. UNESCO, 2015, www.unesco.org/es/articulos/violencia-de-genero-y-educacion-hacia-una-escuela-que-protege-y-transforma.
- Walker, Leonor, E. *The Battered Woman*. Harper & Row, 1979.



New articles in this journal are licensed under a Creative Commons Attribution 4.0 United States License.



This site is published by the [University Library System](#), [University of Pittsburgh](#) as part of its [D-Scribe Digital Publishing Program](#) and is cosponsored by the [University of Pittsburgh Press](#).